

El fenómeno religioso en *La última tentación de Cristo* de Nikos Kazantzakis

Mateo Vásquez Grajales

Universidad Luis Amigó

Resumen

La obra de Nikos Kazantzakis se caracteriza por una preocupación personal frente a la religión y lo divino, por lo que su literatura permite tejer una relación entre filosofía y experiencia religiosa. En este sentido, se propone realizar un ejercicio interpretativo de *La última tentación de Cristo* (1952), novela rechazada por la Iglesia ortodoxa, a partir de la categorización del símbolo y el signo llevado a cabo por Paul Ricoeur en *Finitud y culpabilidad* (1960) y Manfred Lurker en *El mensaje de los símbolos: mitos, culturas y religiones* (2000). El signo y el símbolo respiran secretamente en el ambiente de dicha novela. No se presentan de forma explícita, pero con su reconocimiento se hace patente el fenómeno religioso. La figura de Jesucristo, la pugna entre la carne y el espíritu, el alimento consagrado y el desierto como espacio de oración y revelación dan cuenta de que las interacciones humanas son simbólicas, lo que quiere decir que otorgan sentido. La adoración a Dios es una cruz que hiere. Su hijo la carga, y en ella sufre la última tentación. Finalmente, se plantea la distinción entre politeísmo y monoteísmo, esto último engendrado por el cristianismo.

Palabras clave: Kazantzakis, Ricoeur, Lurker, Jesucristo, experiencia religiosa.

Abstract

Nikos Kazantzakis's work is characterised by a personal engagement with religion and the divine, and his literature thus allows us to draw a connection between philosophy and religious experience. This paper proposes an interpretative analysis of *The Last Temptation* (1952), a novel rejected by the Orthodox Church, based on the categorisation of symbols and signs developed by Paul Ricoeur in *Finitude and Guilt* (1960) and Manfred Lurker in *The Message of Symbols: Myths, Cultures and Religions* (2000). Signs and symbols breathe secretly within the atmosphere of this novel. They are not presented explicitly, but their recognition makes the religious phenomenon evident. The figure of Jesus Christ, the struggle between flesh and spirit, the consecrated food, and the desert as a space for prayer and revelation, demonstrate that human interactions are symbolic, which means that they confer meaning. The worship of God is a cross that wounds. His son bears it, and upon it he suffers the final temptation. Finally, the distinction between polytheism and monotheism is raised, the latter being something engendered by Christianity.

Keywords: Kazantzakis, Ricoeur, Lurker, Jesus Christ, religious experience.

Al leer la *Teogonía* de Hesíodo, no solamente se ve cómo canta el poeta una cosmogonía —la génesis del cosmos— y una teogonía —el origen de los dioses— por inspiración de las Musas Olímpicas, sino también una mitología, pues como dice Gadamer en *Mito y razón*: “Mito no designa otra cosa que una especie de acta notarial. El mito es lo dicho en esa leyenda que no admite ninguna otra posibilidad de ser experimentado que justo la del recibir lo dicho.”¹ El mito fue oralidad y la forma que tenían los poetas griegos de mostrar “el delirio, principio de la poesía.”²

Ahora bien, lo anterior se menciona para dar cuenta de que la preocupación por lo religioso —esa necesidad del hombre de designar un dios para cada acontecimiento de la vida donde, sin saberlo, se forja el politeísmo— tiene como hogar el discurso mitológico. Para Paul Ricoeur, “el mito es habla y que, en él, el símbolo adopta la forma del relato,”³ es decir, hay un discurso que reposa en un sitio específico y que, por eso mismo, lo hace erigir como algo sagrado que adquiere un carácter simbólico. No obstante, la devoción no es para el sitio, sino a lo que lo consagró. Sobre esto último se puede tomar como ejemplo la montaña de la crucifixión de *La última tentación de Cristo* de Nikos Kazantzakis, cuando Jesús, al negarse a ser elegido por Dios, se convierte en un crucificador. Él fragua la cruz de madera para que el zelote derrame su sangre. En lo más alto se halla el condenado y en lo más bajo, casi a sus pies, el pueblo de Israel. Esperan un milagro con la muerte del supuesto profeta, pues “todo era uno: crucificaban a todos, al pueblo, la tierra, el zelote, y el pueblo, la tierra y el zelote rugían.”⁴ El mito hace estremecer al hombre, pero el símbolo es su embriaguez.

Por otra parte, Ricoeur habla sobre el mito como una *totalidad* en el sentido de que, además de un inicio, también tiene la pretensión de decir cómo terminará todo, y este tipo de relato, que se aprecia en la Biblia, permite que se adquiriera una orientación. El hombre se pierde en el pecado y la confesión aparece en su corazón como una fuerza simbólica que lo salvará. A esto se le puede añadir el pensamiento de María Zambrano en *El hombre y lo divino*, cuando expresa que “el símbolo tiene un sentido absolutamente real para quien lo crea, que se debilita cuando es conocido y usado por quienes viven ya otro modo de vida y habitan bajo otro horizonte.”⁵ En la novela de Kazantzakis, al decirse que Jesús “tomaba, según su costumbre, el pan para bendecirlo y repartirlo, súbitamente el pan cambiaba de sustancia en las entrañas de Andrés: se transformaba en amor y alegría,”⁶ hay una fuerza simbólica posada en el alimento, pero en Judas no basta esa muestra de lo divino que hay en el hijo de María: le hace falta algo más para no dudar de él. Ahí se debilita el sentido. Asimismo, hay una escena en la que el anciano Ananías siente la necesidad de liberarse de unos sueños que lo agobian por causa de sus pecados, y Jesús, como a todos los hombres, le habla en parábolas. Al principio, el anciano no escucha por desobediencia, pero al final llora y pide perdón porque “el infierno y

¹Hans-Georg Gadamer, *Mito y razón* (Paidós, 1997), 17.

²María Zambrano, *El hombre y lo divino* (Fondo de Cultura Económica, 2020), 111.

³Paul Ricoeur, *Finitud y culpabilidad* (Editorial Trotta, 2004), 315.

⁴Nikos Kazantzakis, *La última tentación de Cristo* (Editorial Debate, 1997), 59.

⁵Zambrano, *El hombre y lo divino*, 114.

⁶Kazantzakis, *La última tentación de Cristo*, 217.

los demonios no están en el fondo del abismo de la tierra, sino en el corazón del hombre, inclusive del más virtuoso y del más justo.”⁷

Desde esta perspectiva, ¿Jesús era un símbolo o era un depositador de lo simbólico en aquello que, en primera instancia, era signo? En *El mensaje de los símbolos: mitos, culturas y religiones*, Lurker realiza la distinción. Para él es complejo hablar de un verdadero símbolo, puesto que ha perdido su carácter misterioso, y ahora:

*Se toma como un concepto que nada dice, un concepto difuso y acientífico, que surge del mundo de los soñadores, fantasiosos y fanáticos religiosos. Tampoco puede negarse que una especulación incontrolable, una interpretación fantástica o una ideología política vacían con demasiada frecuencia a los símbolos de su verdadero sentido.*⁸

Tanto la confesión como la súplica atizan el ardor de los hombres de Israel. El Jesús al que Kazantzakis le da forma es un orante de principio a fin. Sus palabras se levantan como la arena del desierto para pedirle a su padre, en un principio, que lo deje en paz. Posteriormente, la arena no se aplaca, se levanta con más fuerza, no solo porque se pretende ya la salvación de los hombres, sino porque es un elemento característico de la novela. Toda la obra es un ruego. Caminar por ella es sentir el murmullo de Dios. El percepto de Deleuze y Guattari se halla ahí porque “en una novela o en una película, el joven dejará de sonreír, pero volverá a hacerlo siempre que nos traslademos a tal página o a tal momento.”⁹ Entonces lo que se conserva en *La última tentación de Cristo* no es solo el desierto, también es el rostro bondadoso de Jesús, el llanto de María y la cólera de Judas.

Podría decirse que el sol es signo de calor. El ave es prueba de que, además de la existencia de animales voladores, hay viento. El agua indica saciedad y nutre. Sin embargo, cada uno de esos aspectos es acogido en los brazos del hijo de Dios para decir que significan algo más: Primero, el sol remonta —como ya se ha dicho— al desierto, donde los hombres anhelan conversar con el Padre, pero “[...] el profeta anhela un trueno, como si el relámpago no bastara para iluminar el milagro [...]”¹⁰ Jesús, luego de pasar por el delirio de la soledad y el hambre a causa de la espera de una señal divina, ruega para que Dios le muestre el camino de regreso y “apenas hubo hablado, un relámpago hendió el cielo justamente ante él.”¹¹ Segundo, los animales tienen sobre sí mismos no solamente la carga del discurso humano que se ha creado sobre ellos, sino también lo simbólico, puesto que se necesitan conceptos para designar los elementos que influyen en la idea de trascendencia. Es decir, ¿qué era el cerdo para los personajes? Lo impúdico, lo que carece de la gracia divina. En la novela se debe a que Satán le habla al oído a Jesús para que le encomiende a Dios una

⁷Kazantzakis, *La última tentación de Cristo*, 165.

⁸Manfred Lurker, *El mensaje de los símbolos: mitos, culturas y religiones* (Editorial Herder, 2000), 19.

⁹Kazantzakis, *La última tentación de Cristo*, 164.

¹⁰Juan Esteban Londoño, *Oráculos de Jezabel* (Sílabá Editores, 2022), 90.

¹¹Kazantzakis, *La última tentación de Cristo*, 294.

cepa que dé uvas, mientras este se regocija por haber creado el mundo:

*¡Ah, ah! ¿Conque eso queréis? Pues bien, ¡ya os enseñaré yo, malditos granujas! —dijo Dios y montó en terrible cólera—. ¿Conque queréis vino, borracheras y vómitos? Pues bien, ¡hágase la vid! —se arremangó, tomó barro, fabricó una cepa de vid y la plantó—: ¡La maldigo —añadió—, y el que beba demasiado tendrá un cerebro de gallo y un hocico de puerco!*¹²

Por el contrario, el ave encarna, al parecer, la labor de una mensajera, pues al inicio lo que traumatiza a Jesús son las aparentes garras de un animal que desgarrar su cabeza, y después es ella la que desciende de los cielos cuando el Bautista realiza el ritual bautismal en el Jordán:

*Se volvió hacia Jesús para interrogarle y, justamente en el momento en que todos, de puntillas, esperaban el nombre, oyóse el ruido de un ala que descendía del cielo y un ave blanca —¿un ave o uno de los serafines de Jehová? — fue a posarse directamente en la cabeza del bautizado, donde permaneció inmóvil durante algunos instantes.*¹³

Tercero y de igual manera, el agua es la ofrenda que Jesús y sus discípulos piden al llegar a una aldea. Para hacerlo, predicán que el hecho de compartir con el necesitado algo tan sencillo como un vaso de agua implica ya la entrada al Reino de los Cielos. Aquel que da sin reparo siente en su corazón un gran regocijo porque “Dios está presente allí donde hay un hombre y una mujer, donde hay niños, preocupaciones, una cocina, disputas, reconciliaciones.”¹⁴

Así, el signo indica y el símbolo es una vinculación con el sentido. Para Ricoeur, “el símbolo da que pensar.”¹⁵ Toda una trama narrativa se construye sobre él porque desde ahí brota la pasión del hombre que lo adopta en su pecho. Por ello, Jesús, además de darle un carácter diferente a las cosas, es también un símbolo al cual adorar.

El Mesías es una figura que entra en la historia para retarla y decir que él es el verdadero y único Dios: “—No hay más que un Dios —respondió Jesús—. No blasfemes, centurión.”¹⁶ Para el pueblo de Israel, su religión es monoteísta, contrario al politeísmo romano que:

No cree en Dios y recibe en su corte, con irónica condescendencia, a todos los dioses: de la remota Persia, adoradora del fuego, a Mitra, hijo de Ahura-Mazda, cuyo rostro es un sol, montado en el toro sagrado que va a ser degollado; del país del Nilo, de mamas fecundas, a Isis, que busca en primavera, en los campos florecidos, los catorce trozos de su hermano y esposo Osiris, descuarti-

¹²Kazantzakis, *La última tentación de Cristo*, 322.

¹³Kazantzakis, *La última tentación de Cristo*, 265.

¹⁴Kazantzakis, *La última tentación de Cristo*, 82.

¹⁵Ricoeur, *Finitud y culpabilidad*, 482.

¹⁶Kazantzakis, *La última tentación de Cristo*, 358.

*zado por Tifón...; en suma, a todos los dioses y demonios de Asia y África; y de Grecia, al Olimpo de nevadas cumbres y al negro Hades.*¹⁷

Tal y como se mencionó al principio, el politeísmo fue quizás la primera manifestación religiosa del ser humano porque “los más antiguos documentos de la raza humana nos dicen que éste era el credo popular y establecido.”¹⁸ Cada dios encarnaba algo diferente para el hombre. En Jesucristo o, más bien, en el cristianismo, no existen conflictos en el cielo entre las divinidades sencillamente porque no hay más que una. No obstante, resulta paradójico ver que su pueblo y su secta le dan la espalda a este hijo de Dios, que le dice al Bautista: “Si yo fuera fuego ardería, si fuera leñador golpearía... Pero soy un corazón y amo...”¹⁹ y termina juzgado y crucificado por los romanos que en su listado de dioses no adoptaron al que veneraba el joven carpintero.

Kazantzakis moldea el cuerpo de un Jesucristo que pierde su barro a lo largo de la obra. No se abandona al deseo carnal, a la llama que enciende en su mente y en su corazón la figura de María Magdalena:

*El camino de la salvación consistía en que la arrancara de ese lecho, en que vivieran como marido y mujer, en que tuvieran hijos, sufrieran, fueran felices, como seres humanos. Ese era el único camino de salvación para la mujer, y el camino en el cual él se podría salvar con ella. ¡El único camino!*²⁰

Además de un suplicante, Jesucristo es un despedazado. Su destino es brindarle la palabra a un pueblo pecador, obrar milagros que levanten niñas paráliticas y transformar su rostro por la sed, el hambre y el desgaste. La sangre no solo cae en la cruz: también brota de sus pies al andar por Israel para, sin saberlo, nutrir su tierra mientras predica.

¹⁷Kazantzakis, *La última tentación de Cristo*, 355.

¹⁸David Hume, *Historia natural de la religión* (Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1966), 45.

¹⁹Kazantzakis, *La última tentación de Cristo*, 267.

²⁰Kazantzakis, *La última tentación de Cristo*, 102.

Bibliografía

Gadamer, Hans-Georg. *Mito y razón*. Barcelona: Paidós, 1997.

Hume, David. *Historia natural de la religión*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1966.

Hesíodo. *Teogonía*. Madrid: Gredos, 2015.

Kazantzakis, Nikos. *La última tentación de Cristo*. Madrid: Editorial Debate, 1997.

Lurker, Manfred. *El mensaje de los símbolos: mitos, culturas y religiones*. Barcelona: Herder, 2000.

Londoño, Juan Esteban. *Oráculos de Jezabel*. Medellín: Sílabas Editores, 2022.

Ricoeur, Paul. *Finitud y culpabilidad*. Madrid: Editorial Trotta, 2004.

Zambrano, María. *El hombre y lo divino*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2020.